

El empleo como fórmula de reactivación

Dr. Eduardo Sarmiento Palacio

Ingeniero civil de la Universidad Nacional de Colombia; Ph.D. en economía de la Universidad de Minnesota; ha sido decano de economía en la Universidad de los Andes; asesor de la Junta Monetaria; subjefe de Planeación Nacional. Columnista del diario *El Espectador*, autor de varios libros y múltiples ensayos y artículos. En la actualidad también se desempeña como director del Centro de Estudios Económicos de la Escuela Colombiana de Ingeniería.

El gobierno y la Andi anunciaron el final de la recesión en el primer trimestre. La proclama se fundamenta en las encuestas del Dane y la Andi que revelan tasas de crecimiento en la producción industrial de 9 y 11% con respecto al mismo trimestre del año anterior. Sin embargo, en el mismo período el empleo industrial descendió 6% y en los cinco primeros meses el consumo de energía bajó 0,3%. Al parecer, estamos ante una alta actividad productiva que no requiere mano de obra ni máquinas accionadas con energía eléctrica para su elaboración.

Parte de la explicación se encuentra en las deficiencias de las encuestas industriales del Dane y la Andi. La encuesta del Dane es reportada por las empresas en términos nominales y, no obstante la alta participación de las exportaciones, se refleja en el índice de precios al productor del Banco de la República que está compuesto por bienes producidos y consumidos domésticamente. Así, la elevación de los precios relativos de las exportaciones se contabiliza como aumentos en la producción. Algo similar ocurre con la encuesta de la Andi, que utiliza metodologías más rudimentarias. Por lo demás, en ambos casos las importaciones de bienes intermedios se incorporan en

los bienes finales y aparecen como producción doméstica. En el momento actual en que estas importaciones crecen 20% con respecto al año anterior, por ese solo concepto la producción industrial se sobrestima en cerca de cuatro puntos porcentuales.

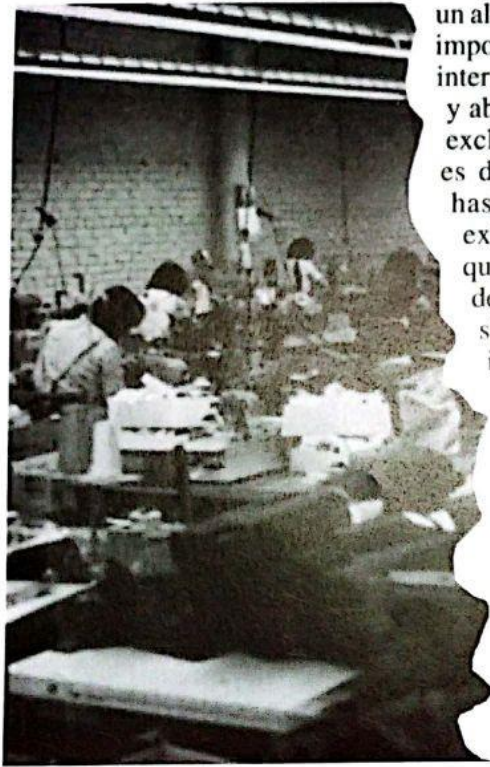
Lo más grave es que la comparación se efectúa entre el primer trimestre, que tiene un día más en febrero y no incluye la semana santa, y el mismo trimestre del año pasado, que sí tiene semana santa. En realidad, el incremento de la producción industrial no resulta de una mayor actividad sino de mayores días hábiles. El fiasco se vino a confirmar en abril, cuando por la misma semana santa se presentó la caída de la producción en relación con el año inmediatamente anterior y se compensó el aumento de marzo. Si todos estos elementos se co-

rigen, los crecimientos del 10% se reducen a la mínima expresión y no guardan ninguna relación con la monumental caída de 20% de 1999.

La cifra de desempleo de marzo (20,2%), superior a la de diciembre y a la del mismo mes del año pasado, contribuye a esclarecer el misterio. Deja sin piso las cifras revisadas de producción industrial que señalan que la economía se viene reactivando desde hace seis meses. En conjunto con la tasa de subempleo de 23%, han traído consigo la postración del mercado interno que se refleja en todos los indicadores. Las licencias de construcción cayeron 35% en los tres primeros meses, las ventas de automóviles no muestran ningún aumento después del descenso de 60% en 1999, el transporte de carga y pasajeros desciende 5% y el crédito real baja 15%.

En realidad, el único sector que parecía mostrar una mejoría con respecto al año anterior son las exportaciones, que crecieron 50% en enero y 18% en febrero. Sin embargo, este desempeño tiene un alto grado de artificialidad y carece de consistencia. Las mayores ventas externas están representadas en

Estamos ante un nuevo accidente de la concepción económica imperante. La política de reactivación ha girado en torno al choque fiscal, la entrega de cuantiosos recursos de rescate al sector financiero, la ley de vivienda y la devaluación del tipo de cambio. El choque fiscal precipitó la economía en la peor recesión y desempleo del siglo.



un alto crecimiento de las importaciones de bienes intermedios, y en marzo y abril se frenaron. Por exclusión de materia, no es difícil concluir que hasta el momento no existe un solo sector que esté impulsando la demanda para sacar el sistema del hueco. La inversión privada cae, el mercado interno está herido de muerte y las exportaciones bailan al ritmo de la especulación.

Estamos ante un nuevo accidente de la concepción económica imperante. La política de reactivación ha girado en

esperando que el mercado, la reducción del déficit fiscal, los subsidios a las empresas, la ley de vivienda y la devaluación propicien una mayor actividad productiva y reactiven el empleo. Luego del cúmulo de fracasos, no han entendido que sus predicciones fracasan porque la economía carece de empleo y capacidad de compra.

No menos diciente es el comportamiento del sector cambiario. No es normal que un chiste cruel del Mono Jojoy o la lectura equivocada de la Constitución por parte del presidente desestabilice la economía. La enorme sensibilidad del tipo de cambio a los fenómenos políticos es una prueba más de la debilidad de la economía. El alto nivel de endeudamiento, las elevadas tasas de interés de la deuda, las fallas reiteradas en los anuncios de reactivación y el estancamiento de las exploraciones petroleras erosionaron la credibilidad interna y externa en la economía colombiana. Por lo demás, el sistema de las tasas de cambio flexibles y la pérdida de credibilidad del Banco de la República ha configurado un campo abonado para que los especuladores aprovechen cualquier situación para provocar alzas y obtener cuantiosas ganancias. Todo esto ha resultado en un sector externo estructuralmente inestable que conduce a todo tipo de crisis cambiarias y financieras y que elimina cualquier posibilidad de crecimiento sostenido.

Sorprendentemente, el presidente Pastrana ha salido a calificar las propuestas de generar empleo de irresponsables y populistas. Pues bien, lo que el presidente califica de populista, con un claro desconocimiento de la historia, es lo que debe hacerse en las condiciones actuales de la economía. Si el país montara un programa de obras públicas y limitara las importaciones que está en capacidad de elaborar internamente, de inmediato se generarían los ingresos y se manifestarían en una mayor demanda de las empresas y cumplimiento de las obligaciones bancarias que inducirían a incrementar la producción y los préstamos. Se conformaría un círculo virtuoso de aumento de

torno al choque fiscal, la entrega de cuantiosos recursos de rescate al sector financiero, la ley de vivienda y la devaluación del tipo de cambio. El choque fiscal precipitó la economía en la peor recesión y desempleo del siglo. Los rescates del sector financiero han venido acompañados de una reducción cada vez mayor del crédito. La ley de vivienda dio lugar a la creación del sistema UVR, el cual está fundamentado en la misma teoría del upac de tasas de interés reales superiores a la productividad del capital, que llevó a la quiebra de la construcción y el sector

financiero. La devaluación del tipo de cambio ha inducido la transformación de importaciones de bienes intermedios por exportaciones y a cambio de ello ha provocado una cuantiosa caída del salario en dólares. Si bien estas medidas han contribuido a aliviar el estado de los sectores preferidos del gobierno, en su conjunto han significado el debilitamiento de la capacidad de compra. Las empresas no aumentan la producción porque carecen de compradores y los bancos no prestan porque no encuentran clientes solventes.

Infortunadamente, los expertos oficiales y sus círculos cercanos no han asimilado esta realidad. Desde hace dos años están

empleo e ingreso que se trasladaría a toda la economía y en corto plazo llevaría a recuperar las tendencias del pasado.

Está visto que los esfuerzos para aumentar la producción y así jalar el empleo fracasaron por falta de capacidad de compra. La alternativa es generar la capacidad de compra mediante la creación directa de empleos e ingresos en la inversión pública y en el mercado interno. Sin embargo, su viabilidad y alcance están condicionados a la revisión del modelo imperante y, en particular, del acuerdo con el FMI. Como mínimo, se plantea intervenir el mercado cambiario, regular el sector financiero y revisar la estructura arancelaria.

Si el país montara un programa de obras públicas y limitara las importaciones que está en capacidad de elaborar internamente, de inmediato se generarían los ingresos y se manifestarían en una mayor demanda de las empresas y cumplimiento de las obligaciones bancarias que inducirían a incrementar la producción y los préstamos.